

La Risa

68
30 céntimos

1924-68



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



MÁR-
QUEZ

CARNAVALESCA
La tragedia de Pierrot.

Dibujo de MÁRQUEZ

ANUNCIOS ECONÓMICOS CLASIFICADOS POR PALABRAS

Por las quince primeras palabras abonarán 2 pesetas. Cada palabra más, 20 céntimos.

Las abreviaturas y cada cinco cifras se contarán como una palabra.

Todos los anuncios abonarán, además, 10 céntimos por el sello móvil.

EMPRESA ANUNCIADORA

Compañía del TELÓN CINEMÁTICO

Sandoval, 13 y 15, bajo.—MADRID
Se admiten anuncios para esta sección.

LA EMPRESA ANUNCIADORA

LOS TIROLESES

Conde de Romanones, 7 y 9

TELÉFONO 331 M.

admite anuncios para esta sección.

Para anuncios en esta sección vaya usted a

LA PUBLICIDAD

LEÓN, 20

TELÉFONO 10-85 M.

Agencia para anuncios de todas clases de Angel Tejero.

Las Agencias de Publicidad

REYES

Fuencarral, 12. Teléfono 44-63 M. y Puerta del Sol, 6. Teléfono 60-18 M. admiten anuncios para estas secciones.

Para anuncios en esta sección

PRADO-TELLO

vaya a Cruz, núm. 10 (enfresuelo).

AGENCIAS DE ANUNCIOS REYES

Fuencarral, 12. :: Puerta del Sol, 6.

TELÉFONO 44-63 M. :: TELÉFONO 60-18 M.

PIDA la tarifa de anuncios de esta Revista a la Administración de la Publicidad de «Prensa Madrid»

EL TALISMÁN

(Edición de anuncios)

APARTADO 1.105 (CENTRAL)

TELÉFONO 30-76 M.

Madrinas de guerra.

La Dirección de «Prensa Madrid», en el deseo de ser agradable a todos sus hermanos que están en campaña en África, *gratuitamente* publicará en esta sección la dirección de aquellos soldados que desean encontrar una madrina de guerra, siendo condición indispensable que cada carta esté dirigida precisamente al Apartado 1.105, Madrid-Central, y que venga acompañada del cupón correspondiente. Desean madrinas de guerra: Rafael del Moral Prados, sargento de

Artillería. Comandancia de Larache, Zoco el Jemis.

Pedro Casas, Legión Extranjera, primera bandera, Plana Mayor. Ben-Tieb.

Ricardo Palahi, Ingenieros de la red telegráfica militar, en Zoco-Jemis de Beni-Arós, por Arcilla.

José Albert, Comandancia general de Melilla (Secretaría).

Vicente Lorenzo, soldado de la primera compañía y primera bandera.

César de Lucena Beltrán y Priores, Legión Extranjera, segunda sección, primera compañía y primera bandera.

Ofertas y demandas de trabajo

La Dirección de «Prensa Madrid», en el deseo de agradar a todos sus lectores, publicará *gratuitamente* en esta sección todas las ofertas y demandas de trabajo que se le remitan, siendo condición indispensable que cada carta esté dirigida precisamente al Apartado 1.105, Madrid-Central, y venga acompañada del cupón correspondiente.

Compre usted el primer tomo de la

Biblioteca de LA RISA

que contiene SEIS novelas estupendas

— DOS PESETAS —

Las favoritas, de ALVARO RETANA
La vuelta del marido pródigo, de FERNANDO LUQUE
La catalepsia perjudica, de L. ESTESO
Una chica de teatro, de N. DE SALAS
Todo por seis duros, de A. R. BONNAT
El vegetariano, de RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

De venta en todas las librerías y en
PRENSA MADRID
Doctor Fourquet, 4

Número suelto: 25 céntimos

Se han puesto a la venta las magníficas tapas en tela, con estampaciones de oro, para encuadernar por semestres LA RISA, al precio de DOS PESETAS.

El semestre, completamente encuadernado con estas tapas, vale

CUATRO PESETAS

Se encuadernan en el acto.

Se envían a provincias remitiendo el importe anticipado en giro postal o sellos de correos, añadiendo 0,60 pesetas para gastos de envío certificado.

LEA USTED

LA UNIÓN ILUSTRADA
DE MÁLAGA

— Revista gráfica —

SALE LOS DOMINGOS

30 céntimos

CUPON

para acompañar a toda demanda de una inserción gratuita en la sección de Madrinas de guerra y de Ofertas y demandas de trabajo.

AGENTES DE PUBLICIDAD

con mucha práctica y muy serios informes se desean para esta Revista. Inútil escribir si no se es profesional. Escribir al señor Director de la Publicidad en «Prensa Madrid», Apartado de Correos 1.105, Madrid-Central.

TALLERES DE ENCUADERNACIÓN

VIUDA DE YAGÜES

MONTADO CON TODOS LOS ADELANTOS PARA LA ENCUADERNACIÓN DE :: :: GRANDES EDICIONES :: :: PRECIOS SIN COMPETENCIA

Plaza del Conde de Barajas, 5
Teléfono 44-99 M. — MADRID

LEA USTED

ALMA IBÉRICA

Revista gráfica de información general

DIRECTOR:

A. SOLIS AVILA

REDACTOR JEFE:

FIDEL PRADO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MINAS, 21

Apartado 10.032.—MADRID

Colaboración de las más prestigiosas firmas.—Información general de todo el mundo.—Extensas informaciones gráficas de actualidad.

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Precios de suscripción a LA RISA

Provincias y América.

Pesetas.

Trimestre..... 3,60
Semestre..... 7,20
Año..... 14,40

Extranjero.

Unión postal.

Pesetas

Trimestre..... 4,80
Semestre..... 9,60
Año..... 19,20

Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que puedan publicar. En Madrid no se admiten suscripciones.

LA NOVELA DEL SÁBADO AVISO

Por causas ajenas a nuestra voluntad LA NOVELA DEL SABADO retrasa su aparición más de lo que se creyó en un principio, lo que manifestamos a nuestros numerosos lectores que preguntan por la nueva publicación, advirtiéndoles que ya no se hará esperar mucho.

En su primer número, como ya hemos dicho, publicará una interesante novela del gran escritor E. Ramírez Angel.

Toda la correspondencia a PRENSA MADRID. Apartado 7.002



La Risa

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



Prensa Madrid.

Doctor Fourquet, 4.

Director: Felipe Márquez.

L A M A L A P A T A

A PROPÓSITO de las desgracias que ha traído la tumba de esa «mala intención» faraónico, el llamado Tutankamen, la gente se ha echado a pensar que, efectivamente, hay ciudadanos que despiden mal de ojo hasta cuando se prueban unas botas o toman un tranvía. Cuantas veces vamos alegres y confiados en el citado vehículo, y vemos que sube otro sujeto, a quien tenemos ya fichado como uno de los más acreditados «jettores».

«¡La caraba!», pensamos inmediatamente, y dedicamos un triste recuerdo al almuerzo, que nos espera calentito.

Efectivamente; a los pocos momentos la corriente se corta, y el tranvía pasa a ser la cosa más inmóvil que puede conocerse. Es la influencia del tío aquel que — ¡maldito sea su estancuel! — nos va a hacer quedar mal con la familia y con nuestro propio estómago.

Lógicamente pensando, y si nos dejáramos llevar de lo que el corazón nos dicte, iríamos sobre el «jetattore» a decirle:

—Pero, ¿usted se cree que hay derecho ni forcido a que usted tenga esa mala pata que parece de caoba? ¡A la rue inmediatamente o hago que el conductor le pegue con la manivela en los sesos!

Nos contenemos, claro está; pero tenemos que sufrir las consecuencias de aquel mal de ojo que se nos ha venido encima, sin que, por nuestra parte, tengamos la menor culpa.

¡Cuánto de esto ocurre continuamente en el traqueteo del vivir cotidiano!

—Oye, mujercita, ¿no has reparado que desde que tenemos esta criada como menos?

—¿Es que ella te quita el apetito?

—No digas tonterías; es que, indudablemente, hace mal de ojo a los alimentos, mientras los guisa y estos parecen que al entrar en mí, me dicen:

«—Bueno, ya nos has probado, pero ahora no debes comernos.»

—Si dijeras que los echa mucha o poca sal, lo comprendo, pero que los echa mal de ojo, una chica tan hacendosa, tan buena y que es de la provincia de Lugo.

—Será lo que tú quieras, pero tiene mala pata.

Una vez hecha aquella observación, el matrimonio, se pone en cuidado y vigila atentamente todos los actos de la doméstica, para corroborar si ésta tiene, por fin buena o mala pata.

—Hoy no tira la chimenea.

—Mejor; así se hará rica.

—¿Por qué?

—¿No has oído decir que nadie se ha hecho rico tirando? Luego si ella no tira...

—Déjate de músicas, riquísimo, y fíjate que eso es influencia de la criada.

—¡Anda, pues no es eso sólo! ¿Sabes quien ha rodado hoy por la escalera?

No sé; como no sea el vecino del segundo, que se llama Rodillo.

—El carbonero después de dejarnos el combustible. ¡Menudo cisco!

—¿El que ha dejado, o el que se ha armado ante la catástrofe?

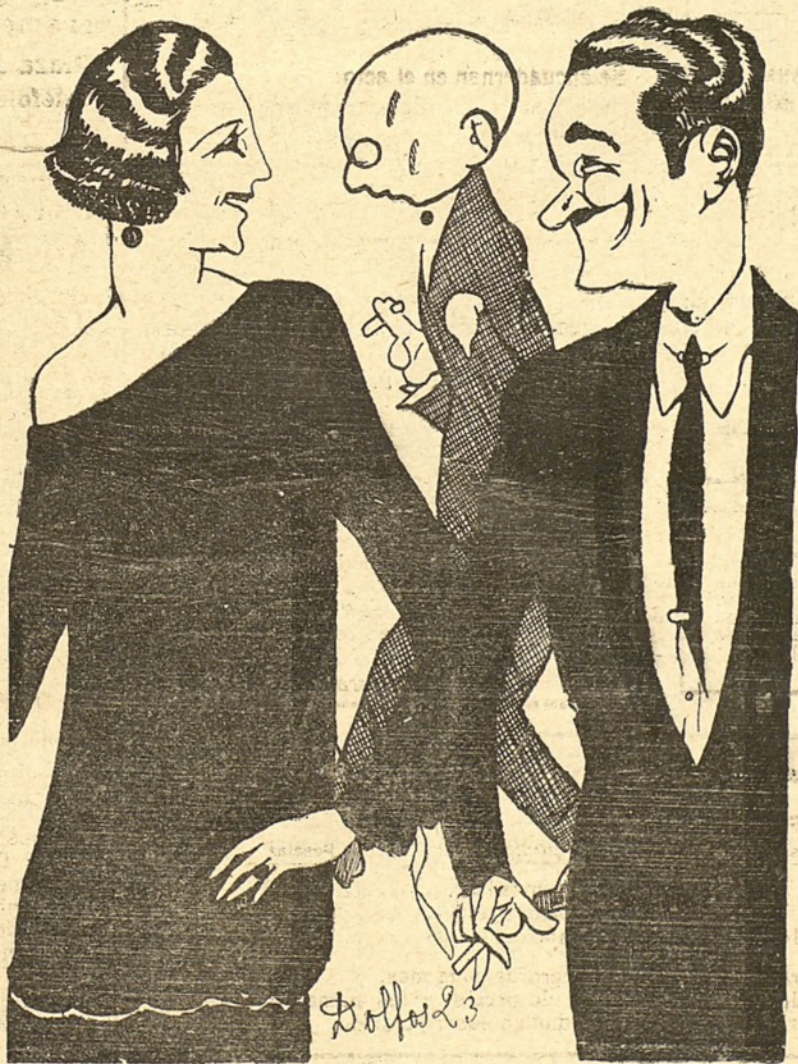
—Es el maleficio de esa mujer.

Comprobado este, los conyugues se dedican a contrarrestar tan perniciosos efectos, y todo se les vuelve echar jarros de agua por el balcón, pasarse la vida tocando hierro y tocando las consecuencias de sus supersticiones, pues ni viven ni descansan; hasta tal punto, que llega un día en que queriendo saborear unas croquetas, y ante el temor de que el mal de ojo de la criada se las eche a perder, el marido, haciendo como que la galantea, encierra a la chica de la provincia de Zamora en la despensa, echa la llave por fuera y sale corriendo.

—Ea, hoy podemos almorzar tranquilos, porque he dejado encerrada a la criada y no la saco hasta que yo no tenga hecha la digestión.

¡Terrible cosa es esta de hacer mal de ojo! Indudablemente Tutankamen fué especialista de su tiempo, y aun le dura la influencia a través de siglos y tumbas.

¡Huyamos de los que son sus legítimos herederos y sólo sirven en este mundo para corrompernos las oraciones y hacer que nos salgan falsos hasta los cuellos postizos!



—¿Qué le ocurre a Regúlez que está tan incomodado?

—Nada; que le he dicho que ya hacía tiempo que no le veía el pelo.

Dibujo de DOLFOS

A. R. BONNAT



—Las hermanas Calcio van a dar un concierto.

—Ya lo sé. Primero la mayor tocará en «La menor», y luego la menor en «La mayor».

Dibujo de REDONDO

LAS CORTESÍAS SUPERFLUAS

En materia de cortesías es indudable que la sociedad es, en casi todos los casos, rutinaria en grado superlativo.

Citaremos algunos ejemplos. Cuando nos presentan a una persona es frecuente la fórmula de despedida:

—Fulano de Tal, a su disposición siempre. Calle de Tal, número tantos, tiene usted su casa...

—Pues bien, ¿qué pensaría de nosotros el susodicho si a los cuatro días nos plantáramos en su casa pidiéndole un plato en su mesa y una alcoba con su frontero gabinete de trabajo, lo cual no sería, por otra parte, sino hacer uso de su invitación?

Cuando salimos del comedor del hotel, donde no conocemos a nadie, quedamos como ineducados si no hacemos unas vagas inclinaciones de cabeza a los comensales de las otras mesas, diciendo al propio tiempo un indiferente:

—¡Que aproveche, señores, que aproveche!

No me negarán ustedes que sería tener muy malos sentimientos desear que a cualquiera de aquellas personas se les pusiera de punta el rosbif; pero que asimismo nos es completamente indiferente que les siente bien el condumio. Cumplimos nuestro deber de huma-

nos para con nuestra conciencia con tal de no deseales una trabajosa digestión.

Además si, como es casi seguro, hay entre ellos un enfermo crónico del estómago, ¡qué cruel ironía no tendrán para él estas palabras de ritual!

Yo tuve dos amigos que batieron el record en estas cuestiones. El día que los presenté dijo uno de ellos, al despedirse, la corriente frase:

—Usted me manda. A su disposición.

Como indignado saltó el otro:

—De ningún modo; yo a la suya.

—¡Oh! No, no. Yo siempre su servidor.

—No lo tolero. Considéreme como el fel-pudo en que frota el barro de las suelas de sus zapatos al entrar en casa. Puede pisarme!

Ya parecía que no cabía más en materia de ofrecimientos, cuando el otro, cayendo al suelo de rodillas, imploró ofreciendo:

—¡Pues bien! ¡Yo soy su esclavo! ¡Máteme!

Un día, en el tranvía, habíamos llegado al término de nuestro viaje y nos disponíamos, por consiguiente, a descender.

—Pase usted.

—No, ¡Nunca! Usted primero.

—No lo tolero.

El público del coche empezó a impacientarse, y entonces, dándose cuenta y no perdiéndose aquella falta para con sus semejantes, los dos se lanzaron disparados al estribo. Naturalmente, como no podían pasar un tiempo, a más de chafarse una cada uno, salieron tropicados, siendo más lagroso cómo el vehículo no atropelló a ninguno de tan cumplidos camaradas.

Pero el «sumum» fué el día de su doble suicidio frustrado.

A los dos les engañaban sus respectivas mujeres, y comentando su infortunio, decidieron poner fin a su vida.

A tal efecto una buena mañana se encaminaron a la Dehesa de la Villa con sendas vistolos y con el espíritu ennegrecido a la proximidad del término de su resolución fatal.

Llegados a un sitio adecuado se miraron en silencio. Las lágrimas hacían rebrillar las córneas de sus ojos. Se abrazaron largamente, y pasado este momento de debilidad, con un ligero tinte de preocupación en la voz pero con firme entonación uno de ellos propuso:

—Valor, compañero. Manos a la pistola y pistola a la cabeza.

Entonces entablóse la acostumbrada discusión acerca de quién había de ser el primero. Como no se ponían de acuerdo, optaron por colgar el reloj de uno de aquellos árboles fronteros, y en un mismo punto consumar su decidido acto.

Así, con el cañón de la pistola apoyado en la sien, esperaron dos minutos, hasta que fueron los ocho treinta minutos y treinta segundos, y en el mismo instante sonó la doble detonación que había de hacer franquear sus espíritus la puerta de la eternidad.

Pero, ¡ah!, que también en esta puerta sobrevino (efecto de la costumbre indudablemente) la deferencia de siempre:

—Pasa tu primero.

—No, no podría. Tú, delante.

Y es fama que a la media hora de desunión de sus espíritus el Padre Eterno, cansado de ellos, y teniendo semejantes discos por toda una eternidad, volvió a infundirlos en los cuerpos de los dos amigos, que terminaron su proyectado suicidio tomando unas copas de Cazalla en los Cuatro Caminos.

JOSÉ ANTONIO VILLEGAS

LA FOSA UMBILICAL

—¿Qué tal Adán, qué tal lo vas pasando?

—Encantado, Señor. No hay en la Tierra

un sér que tan feliz se considere

cual yo desde que tengo compañía.

Maravillas a miles has creado,

pero ninguna es comparable a Eva.

¡Qué líneas, y qué formas, y qué carnes,

Señor, tan estupendas!!

—Contento estás, pillín, con mi regalo...

Y el índice alargando de su diestra

un hoyito marcóle en la barriga,

que aún estaban las carnes harto tiernas.

* * *

Pasados muchos días, nuestro padre charlando está con Dios, y así se expresa:

—Señor, no se me borra el hoyo este

que tengo aquí, por una broma vuestra.

—¿Cómo por una broma?

Yo lo hice de veras.

—¿Y para qué me sirve

una fosa tan ruin y tan pequeña?

—Eso es para que guardes la pelusa

que luego han de criar las camisetas.

MENDO-MENDEZ.

UNA AVENTURA

EL MILAGRO DEL MOSQUITO.

PASABA el tren como un huracán, tundiendo los puentes y plataformas, que sonaban como enormes platillos, como inmensas láminas de cristal.

Yo venía en primera, siguiéndole la pista a una tía mía que se había escapado de un convento, y para que no me conociera (aunque cuando profesó tenía yo cuatro meses), me había disfrazado de agregado a la embajada de Hotentocia.

Vestía a lo natural del país: un faldellín grana, ocho plumas en la cresta, alpargatas abiertas, banda color tango y chistera negra. Llevaba al cinto un puñal envenenado, y en lugar de llevar como otros cafres las manos sucias, «me las traía» recién lavadas.

¡Venía hecho un hotentote!

El tren paró en Medina.

Subieron a mi departamento dos jóvenes que no sabían nada de Pirandello, pero que se las pirandelleaban de su pueblo sin avisar a la familia.

Él tenía pocos años y un bigote sin ninguna importancia dramática; sus ojos azules lanzaban miradas recelosas, y en el rictus de sus labios se leían esas sonrisas tan propias de los alcohólicos principiantes.

La joven fugitiva se había sentado en un rincón, y tenía esa alegría tan inconfundible de las niñas recién fugadas del hogar paterno. Era más alta que la Astolfi, más guapa que la «Cheito», más graciosa que la Pastora y más seria que la Custodia Romero. En el labio superior, aunque los dos eran superiores, se le había formado una perrilla a causa de la excitación nerviosa.

El tren reanudó su marcha y notamos que había cambiado de línea. Se dirigía a Salamanca, Plasencia, Cáceres, Portugal. Dejemos esto para los geógrafos.

A mí me interesaba más mi tía que aquellos jóvenes; pero no dejaba de contemplarlos. El bajaba en todas las estaciones, a tomar una copa de aguardiente.

Ella parecía que lloraba, y de cuando en cuando me lanzaba una mirada de asombro, porque le había inquietado mi banda.

A propósito de mi banda me hizo una pregunta, y yo comencé a darle la murga. Le dije que en mi país no hay luz, porque todavía no ha llegado la noche, y que allí las bandas se ven, pero no se tocan.

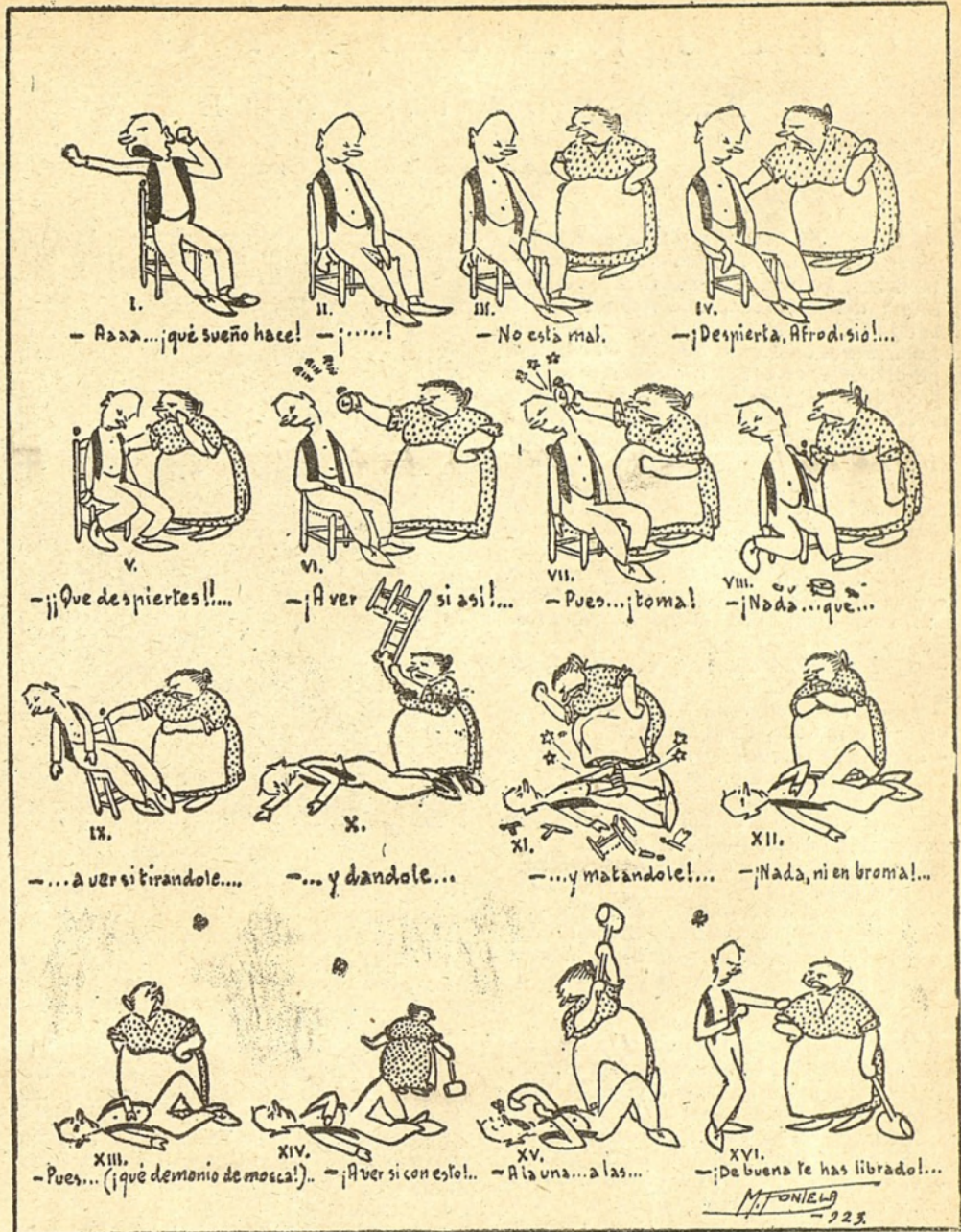
Le dije que Demócrito, el filósofo griego, había nacido en Hotentocia, y que al saber que un hijo suyo se había fugado con una griega había dicho: «Allápelicuas», porque no quería verla encinta.

Esto entristeció a la joven y al acompañante. El comenzó a decir que deseaba ir a la cárcel para escuchar los cantos de los grillos y para compadecer al delincuente.

Ella no decía nada, pero su silencio era una revelación.

Yo comprendí que estaba «curda», porque se apeó en Talavera y escribió en el libro de reclamaciones: «Soy un malvado que acaba de fugarse con su novia, pues me fugué con ella del hogar paterno (no tiene padre) en busca del placer que me niega el celibato.—Don Pedro el Cruel.» Intervino la pareja de servicio, y en lugar de aquietarse les reclamó las esposas, diciéndoles:

—A mí me agradan las esposas, si les tu-



veía m e lo, no me fugaría con mi novia para casarme lo antes posible.

Una vez esposado, la novia me refirió que era algo bebedor, y que por eso no le querían en su casa, pero que ella le amaba y saltaba por todo con tal de responder a las imperativas leyes del amor, a la única finalidad práctica de vivir.

El, entonces, me comenzó a mirar con desconfianza, y aunque la novia decía que yo era un hotentote y que vestía así porque era un furibundo creyente de mi religión, comenzó a decir que no había existido nunca Pablo Iglesias y a cantar cuplés de mi sobrina Raquel Meller.

Hubo relevo de parejas, y la Guardia civil entrante se encargó de la conducción del joven, que se excitaba por momentos.

Entró el revisor, y lo confundió con su suegra en vísperas. El revisor hizo lo posible para desengañarlo enseñándole el taladro de los billetes, pero no lo podíamos convencer de que aquel afeitado taladrante no era su suegra que venía a por su novia.

El tren seguía su marcha interrumpiendo la paz de las aldeas, y avanzaba por las cumbres del vespéral atardecido, como un negro repfil perseguido por el ojo clínico de un científico.

Fué en un segundo, negro como la noche, que se acercaba.

El joven pegó un bote y salió por la ventanilla como una flecha. Llevaba puesto un gabán, y se quedó prendido por un bolsillo al picaporte de la portezuela.

El revisor le egarró por los faldones y comenzó a tirar hacia dentro. La novia se desmayó sobre mí. El suicida, al ver que se le jetaban, comenzó a desnudarse tranquilamente.

Cayó por un terraplén a un charco, presa del «delirium tremens». De la borrachera despertó en el otro mundo, aunque no tengo la seguridad de si se despierta después de muerto.

La novia, amarilla como los santos baratos, se apeó en la primera estación. No he vuelto a saber nada de ella.

Mi tía bajó en la estación de Fuenlabrada para establecerse en la fabricación de rosquillas, y el año pasado falleció de muerte natural en su propio lecho, como era natural, y como yo (mientras ella hacía las rosquillas) le hacía la rosca con tanta habilidad, quedé a su muerte por único heredero.

Poseo el secreto para poder fabricar una rosquilla sin más ingredientes que la quilla de un barco y el ros de un soldado; se cogen las dos cosas, se revuelven y ya tienen ustedes una rosquilla.

Luis ESTESO

NUESTRAS INFORMACIONES

POMPOFF, THEDY Y EMIG

LOS REYES DE LA GRACIA EN PISTA

ENCARGADOS de visitar a los popularísimos y jocosos artistas de Vallecas, hemos sentido aumentar nuestra timidez. Thedy, «el malabarista del vocablo», nos infunde pavor. Cuando hemos entrado en su cuarto del Circo Americano, en donde actúan, Emig estaba perdiendo el color; su rostro tenía coloraciones negras y blancas; nos saludó en varios idiomas, y comprendimos que estaba muy ilustrado aquel «blanco y negro». Pompoft, el más elegante, el de la cara de porcelana, nos hizo una reverencia versallesca. Thedy nos hizo... mucha gracia.

Nos sentamos encima de un baul y comenzó nuestra charla.

—Oiga Thedy, cuéntenos algo de su vida.

—Que es de abrigo, con cuello de astracán; nada, nada, con cuello de astracán.

—¿Qué opinión tiene usted formada de las artes?

—El arte más peligroso es helarte de frío.

—¿Y el arte que más le agrada?

—La pintura, porque soy muy pinturero y me pinto solo la cara y... cruz.

—¿Qué pintor le parece más clásico?

—Romero de Torres, porque es andaluz; como en Andalucía abunda el romero y hay reses por aquí y res por allá, y to-es-res-res.

—¿Y de música?

—La lira ha perdido mucho valor, y ahora que los públicos «jazz-band» acostumbrándose a esos ruidos y a esas voces disonantes lo mismo por delante y por detrás, desconcertadas y reirce... fativas.

—¿Cuál es su autor predilecto?

—Amadeo Vives. La noche del estreno en Barcelona de *Doña Francisquita*, me dijo mi hermano que fuese al Liceo, y yo le dije: «Quita», doña Francisquita es lo único que yo quiero ver.» Allí estaba Amadeo Vives; entré en el camerino y le pregunté. «¿Amadeo, vives?» «Sí—me dijo—con doña Francisquita me gano la vida y voy pasando», y yo me dije: «¡Ya lo creo; un Amadeo siempre pasa bien!»

—¿La poesía?

—Creo que es muy sicalpica; porque las líneas tienen que rimarse, y par' arrimarse se va uno al «cine».

—Oiga. ¿Qué me dice del teatro y los autores?

—El teatro que más me gusta es el de Granada, porque todo el mundo l'Olimpia. También el Novedades de Madrid, porque es muy



correcto; en él las señoras no ve... edades. Las obras nunca me han gustado, porque a mí no me gustan las obras.

—¿Y su artista predilecto?

—Artistas predilectos para mí María Guerrero y Mendoza, porque para ser un buen militar hay que manejar el sable, y si meendoza un sable, me hago Guerrero.

—¿Qué artistas del «variété» prefiere?

—Consuelo Hidalgo, Chelito y María Conesa. He notado entre las dos primeras una diferencia: que una es Consuelo por-tela y la otra es Consuelo «y-dá-algo», y respecto a la tercera, María Con-esa muchas diabluras.

—¿Y de Raquel?

—Que es la «meilleur». Soy muy amigo de ella y desearía que volviera a unirse con su marido; sería una noticia fresca, más que fresca, refresca; porque Raquel vuelve a-zu-Carrillo.

—Del circo tengo mucho que decir. Hay infinidad de señores que aciertan muchos saltos al caballo. De la cabra amaestrada, no es la más adecuada para la pista, si no para una casa de juego, ¡porque la cabra tira al monte! Además he de decirle que yo nunca

sería barrista, porque por lo menos hay que colocarle a uno tres barras. Trapecios volantes nunca, porque son unos señores que ganan el dinero volando. Amaestrar osos es hacer al oso demasiado listo. Presentar una leona, es presentar una anafabeta, porque leo-naa.

—¿Y de los toros?

—De toros. Mi torero favorito ha sido el Guerra. Es el que mejor escuela ha tenido. ¿Quién no conoce la Escuela Superior de Guerra? El torero más militar el Lalanda, porque es Marcial.

—¿Le gusta a usted Marruecos?

—No lo conozco. No he visto nunca el mar-hueco.

—¿Dónde quisiera usted haber nacido?

—En la Nada, porque a mí me gusta mucho n'hacer nada.

—Me han dicho que es usted casado. ¿Por qué se ha casado usted?

—Porque era demasiado feliz de soltero.

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—Yo de mi matrimonio sé que tengo uno que hasta me hace ya chistes. En Madrid me preguntó una vez qua es lo que hay que ven en las esquinas, y yo fui y ví a tres ciegos con guitarras y bandurrias cantando:

¡Hay que ver!... ¡Hay que ver!...

¡Claro, como que eran ciegos!

—¿Y de política?

—Que yo sabía de antemano que los Reyes iban a Italia, porque como Don Alfonso suele siempre preguntar por todo..., preguntando se va a Roma.

—Dígame. Una cosa extraordinaria voy a preguntarle. No conoce usted a ningún carterista célebre?

—Sí. El proverbio español lo dice: «Quien madruga Dios le ayuda», y madrugada es Alba, y el Alba se... por Primo; y eso de ser primo en España es muy general.

Esta es, lector, la breve y regocijante charla que sostuvimos con los notabilísimos artistas, simpáticos hasta más no poder y únicos en su género.

EL CABALLERO TÍMIDO



Ayuntamiento de Madrid

Aunque
Carnava
mente, p
Carnava
y de Ter
ran esto
sí con v
Vestir
con un a
to públi
gozan a
¡Qué
militar
fueros c
nas, ult
Pero
alcanza
Supo
frases c
chos qu
Tales
los de r
tista, re
ro de e
embosc
saron c
Sin e
los de
En fin,
que co
Niza.

«De
un día
«De
»Cu
cierro
rás ur
Est
mañan

Los
dez S
de la
han e
escri
Conc
los e

Vapuleos y zalemas



Aunque todo el mundo sabe que eso del Carnaval es una birria, porque, desgraciadamente, para la Humanidad «todo el año es Carnaval, muchísimos adoradores de Momo y de Terpsícore, y no pocos de Baco, esperan estos días de desenfreno y de loco frenesí con verdadera ilusión.

Vestirse de mamarracho y taparse la cara con un antifaz, es todavía cosa que para cierto público tiene encantos infinitos. ¡Lo que gozan algunos haciendo el ganso!...

¡Qué falta hace, también, algo de censura militar en esa cuestión para velar por los fueros del buen gusto y de la dignidad humanas, ultrajadas groseramente estos días!...

Pero algo hay que consentir a los que no alcanzan más.

Supongo que este año no se verán los disfraces de otros Carnavales, porque hay muchos que han caído en desuso.

Tales son los de cacique, los de pistolero, los de ministro y gobernador, los de separatista, republicano y concejal, los de consejero de empresas, tendero ladrón y empleado emboscado... Y así una porción, que ya pasaron de moda.

Sin embargo, verán ustedes como siguen los de bandido, destrozona, clow, etc., etc. En fin, todo aquello que menos puede hacer que confundan al nuestro con el carnaval de Niza.

El Carnaval me horroriza, por esta simple razón.

¡Ah, si tuviera de Niza lo que tiene de Chinchón!...



«De los proverbios orientales» que publica un diario:

«Del libro de Hong-San:

»Cuando menos espacio tengas en tus encierro para moverte, con más facilidad abrirás un agujero.»

Esto lo lee un recluso en la cárcel, y a la mañana siguiente empieza a trabajar.



Los empresarios de teatros, señores Martínez Sierra, Abati e Iradier, en representación de las sociedades de autores y empresarios, han entregado al Presidente del Directorio un escrito proponiendo nuevas bases para el Concierto de tribuciones de los espectáculos en general.

Esto de general, lo hacen resaltar mucho los peticionarios para granjearse las simpatías de los militares que forman el Directorio, que también son generales.

También hacen ver que en el nuevo concierto salen muy favorecidos los «asistentes»... a dichas diversiones. ¡Otra pelotilla a los militares!...

Como tienen más razón que un santo en esta cuestión, porque el teatro está muerto, ¡hojalá en ese concierto nadie toque el violón!



Los alemanes quieren pagar en marcos los veinte millones que importan las naranjas que, anualmente, exportan los marañeros levantinos, a dicha nación.

Pero como eso es la ruina para nuestra producción, les han dicho, con razón, que... ¡naranjas de la China!



Eso de Tuntakamen, me tiene maravillado y lleno de asombro.

¡Cualquiera iba a pensar [que, [después de dos mil años, pudiéramos dar con el paradero de uno de los Faraones, escondido en las entrañas de la tierra y guardado como reliquia veneranda en un sepulcro de piedra!...

Es un caso portentoso de olfato y perspicacia.

¡Yo no salgo de mi apoteosis!... ¡Haber encontrado, a los dos mil años, al gran Tuntakamen, cuando aquí nos desesperamos y ponemos el grito en el cielo, si a los dos días de ocurrir un atropello no se ha podido descubrir al conductor del automóvil!...

Ya no creo un desatino, tras lo que acabo de ver, ¡que se encuentre al asesino de la Vicenta Verdier!



Al pueblo heleno, republicano, ya le ha salido también un grano. Es un caudillo del rey aiente y gran monárquico, por consiguiente, que con las huestes que aquel tenía implantar quiere, la monarquía.

Así, Metaas, que es ese grano, urdía un hábil golpe de mano; pero el gobierno le cogió un día y al traidor dijo con sangre fría:

«—Tú no «me taas» la libertad en este asunto tan ciudadano. No hay aquí en Grecia, más voluntad que la del pueblo, que es soberano.»

Y él, temeroso de la mazmorra, con sus amigos se fué a... ¡la porra!



Ya estudia una comisión, que al efecto se ha nombrado, la regularización dentro de la población del movimiento rodado.

Trazan, varios ingenieros, un plan con grandes cariños para que los carreteros, los «chaufeurs» y los cocheros, no vayan matando niños.

Yo estoy muy esperanzado, en que con esta jornada quede el asunto arreglado, porque, siendo éste rodado, ¡la cosa viene rodada!



Los sabios de la astronomía andan ebrios de alegría, porque esperan este año ponerse al «habla» con los habitantes del planeta Marte.

Han ideado mil cosas para que este propósito no falle, incluso una estación radiográfica y otra de señas luminosas, en las cuales, tienen puesta su fe.

También los «ases» de la aviación han ofrecido su concurso para contribuir a este resultado.

Si allí hay también «ases» de la aviación, como en nuestro planeta es posible que la comunicación sea un hecho. En este caso, la primera seña que recibiríamos aquí, sería la del «as».

Digo, a menos que en Marte no haya censura.

Y a propósito de Marte, he de expresar una duda:

¿Por qué a sus habitantes se les a de llamar marcianos?

En estos raros arcaros opino como Godínez.

Si en Marte hay seres humanos, ¿por qué llamarlos marcianos y no llamarlos Martínez?

F. ROIG BATALLER

La escena se desarrolla en un rincón del parque del Oeste, en Madrid. Hace un calor que torrefacta. Se ven crecer los árboles. Pasa un aeroplano y luego pasa LAVANDERA (Rufo Lavandero), guarda de dicho parque. Desaparece cantando, y enseguida salen PACO e HILARIA, un casi matrimonio madrileñísimo. El guarda, aunque sea «un vivo», debe quedarse en una caja del escenario, pues ha de volver a escena. En las copas de los árboles cantan los pajarillos embriagados. De un montón de papeles grasientos—restos de meriendas—que hay sobre el césped, sale un tufillo de chorizo que enajena.

PACO.—Hilaria, que ya es mucho. Déjame, que no puedo más. Anda y no seas chuchó, que con tanto desgusto me vas a matar.

HILARIA.—¡Oh, qué gusto si la dñaras! ¡Qué anchita me iba a quedar!

PACO.—¡Ay, mi agüela y qué tortazo, el mejor día te voy a dar!

HILARIA.—Pero, hay que ver, Paco, lo bestia que eres.

PACO.—Y hay que ver lo borricas que seis toas las mujeres.

HILARIA.—Que yo a ti te he calao, rico. Que cansao del matrimonio, como si yo fuera el demonio, tú te quieres separar, pero eso... ¡No! Eso no será, Paco. Que no hombre, que no.

PACO.—¡Míá Hilaria!... Míá que te doy un mamporro que te tien que buscar los pedazos con anteojos.

HILARIA.—¿Tú a mí? ¡Antes te saco los ojos, so verdugol!

PACO.—Anda, Hilaria. Déjame que me vaya tranquilo a pasear. No me pongas negro que te voy a degollar. Y no quíes salir en los papeles. Ye esto se ha acabao, esto se ha terminao. ¡Ea, finiquítalo!

HILARIA.—Eso quisiás tú. Dejarme abandoná. Pero no te atreves del tó, y lo que haces es tenerme exclavizá. Y no me das ni los buenos días pa ver si me canso. Y eso de no darme na, no. Que una ya no es una niña que chapándose el deo se pué pasar. Yo así no me puedo consolar, rico.

PACO.—¡Anda y que te... monden, Hilaria! Déjame. Déjame... que te voy a tomar por una estera y... ¡Dita sea la...!

HILARIA.—Pues lo siento mucho, hijo. Toma tila.

PACO.—¡Dita sea la...! ¡Así te rifen!

HILARIA.—Y te toque a ti.

PACO.—Míá, checai: o te callas o voy a ser yo el que te va a tocar a tí. Y como yo te toque... ¡Dita sea la...!

HILARIA.—Yo bailo de gusto. Anda, tócame, salao.

PACO.—¡Que me estás encendiendo, Hilaria! ¡Que te toco!

HILARIA.—Pero si eso es lo que yo quiero. Que me toques, que si es de mala manera nos va a costar un juicio de faltas, y si es como yo quiero el toque vamos a perder el juicio aquí mismo... y nos va a costar otro.

PACO.—(Indignado.) ¡Que yo pierdo el juicio, es un echo, sin hache!

HILARIA.—Que lo que haces, Paco, no pué ser. Que eso de tenerme olvidá como a un perro, no está bien. No, Paco, no pué ser. Que lo que a ti te pasa no es lo que dices,



Y OTROS NO MENOS GENTILES PODRÁN PRESUMIR DE JOVENES CITAS LO MENOS DURANTE TRES DIAS.

LOS MARRACHOS DE SIEMPRE...

SIN OLVIDAR AL TIO DEL AL HIGUI

MAS DE UNA FENOMENAL MERLUZA.....

A LA PRECIOSIDAD DE LA CASA...

VEREMOS COMO EN AÑOS ANTERIORES....

ALTA ALGUNA CHORROZA.....

NI LA CON-SABIDA MURGA...

Y DESPUES DE UN CONSUMO ENORME DE AMONIACO, ARNI... Y VENTILADO...

BAJO UN DISFRAZ COMO ESTE QUIZA QUIERA PRENDERMOS ALGUNA GENTIL TRELLE. (Edmond de Bries por ejemplo).

PURGARE CESOS RIN-S.M. EL BACALFO. MOS NUESTROS EX-DIENDO CULTO A

que eso es una invención tuya, que a ti lo que te ocurre es que..., bueno: ya te he dicho que yo mato a alguna camarera.

PACO.—¿Pero animal, no sabes que to eso es mentira, y que la verdá es que yo no puedo...?

HILARIA.—Cumplir con tu deber de marido. Muy bien. Pero eso es una cosa, y que faltes días y noches de casa, es otra.

PACO.—Que no voy a casa, te he dicho, hasta que se me pase el fenómeno este, porque no quiero hacerte pasar malos ratos.

HILARIA.—No, si los paso peor cuando tú no vienes. Porque tú te estás de juerga. Ya te he dicho, que yo mato a una camarera.

PACO.—Pero ven acá, so «autobús». ¿Por qué vengo yo por aquí? Vamos a ver: por ver si me curo. Yo necesito oxígeno y distracciones sanas.

HILARIA.—Tú vienes por aquí por tropezarte con esa camarera, que l'han recomendao baños de sol, na más. ¡Pero en cuanto yo la vea...! La voy a servir bien.

PACO.—Pero cuidao que eres, mujer. Me estás matando.

HILARIA.—Al menos ten la bondá de sentarte, que estarás cansao.

PACO.—(Aparte.) Si no la hago caso me arma un escándalo. (Se sientan.)

HILARIA.—Y..., ¿qué saberse lo que has hecho estos tres días fuera de casa?

PACO.—Estao esperando un tranvía.

HILARIA.—¿Sí? Pué que tengas razón. (Aparte.) Habrá que camelarle con cariñitos. (Le hace unos mimos.)

RUFO.—(Por la izquierda.) Ya están cogidos. Del susto que les voy a dar, se mueren. Les he estado viendo. Han venio en plan de mimos y eso... se paga. (Alto.) ¡Muy bonito! Eso está mu bien. ¡Vergüenza debía darles!

PACO.—Pero, ¿qué dice usted?

RUFO.—Que esto no es un reservao pa gastar bromas de inmundad. Quedan ustedes detenidos si no pagan ahora mismo una multa. Aquí no se viene a...

PACO.—Míe usted, guarda, que como me repita a mí eso, aunque es usted autoridad, le rompo la cara.

HILARIA.—¡Pero, anda qué tío! RUFO.—Menos gritos, y cálmense, que a...

nos pué convenir. Sinó, llamo a mis compañeros y se les detendrá a ustedes. En cambio, si me sacuden cincuenta beatas, por una vez, les dejaré marchar sin más novedad.

PACO.—Pero oiga usted, guarda: Usted está loco. ¿Usted se cree que yo vengo aquí con una a tocarme las narices?

RUFO.—No tengo na que ver con eso. Que me uséis multados.

HILARIA.—¡Pero qué poca vergüenza tiene de hablar de él, de broma y a la diablo.

RUFO.—¡Señora! ¿Que yo tengo poca vergüenza? ¿Pero sabe usted lo que ha dicho?

PACO.—Pos claro que lo sabe. Y yo también.

RUFO.—¿Sí? Pues ahora mismo a la comisaría. ¡Se ha terminao el idilio! ¡Hala!

PACO.—¡Lo que son las cosas! ¿Pos no llamo a una bronca que a poco deposita en el Depósito? ¡Dita sea la...!

Y CAB EL TELÓN (1)

NICOLÁS DE SALAS

EL HOMBRE DEL EXTREMO

No creas, lector amigo, que voy a hablarte de foot-ball, donde, como de seguro no ignoras, existe el extremo derecha y el extremo izquierda. Ni de política, donde también existen esas dos posiciones antagónicas conocidas con los nombres—aquí femeninos—de extrema izquierda y extrema derecha. La política hemos resuelto que ya no existe, y en cuanto al foot-ball, es una cosa tan trascendental y tan solemne en la vida de una nación que se respeta, que me libraré muy mucho de hablar de él, de broma y a la diablo.

El hombre del extremo es un hombre modesto y borroso. Fíjate cuando en la calle o en el paseo veas caminar, discutiendo o tomando el sol, a cinco o seis amigos. Fíjate en el que va en el centro del grupo. Habla con importancia y solemnidad, gesticula como un tribuno, se detiene de vez en cuando haciendo detenerse a todo el grupo. Fíjate también en los que marchan a su izquierda y a su derecha, inmediatamente al lado de él. Todavía llevan en su aspecto y en sus semblantes algo de la importancia del personaje-eje, algo que es como un reflejo del hombre importante.

Y fíjate ya en los que aún quedan. Ya estamos con el hombre del extremo. Claro que

me dirás que hay dos extremos, pero siempre hay un extremo más modesto, más humilde que el otro. Por ejemplo, el que va cerca de la pared tiene cierta categoría...

El hombre del extremo camina al borde de la acera, tiene que subir y bajar la calzada infinitas veces, choca con los faroles, tropieza con los transeúntes que le increpan ferocemente, se tiene a menudo que quedar detrás o delante del grupo de amigos. Cuando se queda detrás, los demás murmuran:

—Vamos Pérez, hombre. Que se nos pierda usted, amigo.

El hombre del extremo se ruboriza, sonríe y da unos saltitos para ponerse a nivel. Cuando se pone delante, alguno del grupo le empuja suavemente:

—Vamos, Pérez, no me deja usted andar. Le voy a pisar...

Y el hombre del extremo recobra su extremo. Desde allí no puede tomar parte en la conversación: por una parte va tan preocupado de no morir airopeado o de saltar por encima de los charcos, que no oye lo que se dice. Por otro lado, cuando se decide a decir algo, lo ha de hacer a grandes voces para que le oigan los demás, cosa que molesta al hombre del centro, que no se digna ni mirarle. Así el hombre del extremo, última partícula del grupo, tiene que limitarse a sonreír a todo a lo que oye, a lo que no oye, a lo que se dice y a lo que no se ha dicho. Y lo hace modestamente, sin escándalo, torciendo violentamente la cabeza y sacando el busto adelante para ver el perfil del hombre del centro.

El hombre del extremo no tiene personalidad. Es una figura gris y tolerada, hecha para escuchar y asentir con sonrisas estúpidas y con pequeños movimientos de cabeza.

En las tertulias y en las «peñas» se suelen observar rigurosamente jerarquías y rangos. Así, pues, el hombre del extremo será ya para siempre el hombre del extremo. Todo lo que haga, todo lo que diga, todo lo que le suceda, carecerá de importancia y será vulgar. En el café también se encontrará siempre situado automáticamente en el extremo de la mesa y en una silla. El hombre del centro estará en el diván...

El hombre del extremo—¡oh debilidad de la humana condición!—sueña con llegar a ser hombre del centro. Hasta ensaya mentalmente lo que dirá. Pero si alguna vez por casualidad se encuentra colocado en el centro de su grupo, el pobre hombre renunciará rápida y voluntariamente a tal honor, y recordará su extremo olvidado, donde al fin y al cabo se encuentra más a gusto que en el sitio imponente, dorado, ruidoso, magnífico del centro...

Todo esto le sucede al hombre del extremo, porque es tímido y tiene poca voz. ¡Ah, si tuviera buenos pulmones y un poco de audacia, que pronto escalaría el lugar central...

Por eso, cuando más tarde, en la noche, regresa a su casa, siendo ya el centro esplendoroso de un grupo que él solo forma, el hombre del extremo se indigna contra sí mismo:

—¡Qué lástima!—va diciendo—. Hoy hubo un momento en que estuve en el centro. Me colocaron los demás sin darse cuenta. Si yo en aquel momento empiezo a hablar fuerte y a gritar y a hacer temblar los cristales con mi risa, ¡ah!, el pobre don Gregorio pierde su puesto de hombre importante. Pero ¿qué iba a decir yo así de repente? ¿No se hubieran molestado? ¿Y el camarero que me miraba?...

Pero no estaba todavía conforme con su fracaso en el puesto del centro, y siempre que tenía ocasión se colocaba en este lugar, ocurriéndole, por lo regular, siempre lo mismo, que no sabía imponerse a los de los extremos.

Y perdido ya todo intento de rebelión, el hombre del extremo al día siguiente recobra su puesto, y en sus ensueños recuerda ruborizado el día que don Gregorio, ante doce o quince de la tertulia, le pidió a él ¡personalmente! una cerilla...

GABRIEL GREINER

LOS MODERNOS EPULONES

De los Césares romanos destacaron tres principalmente como gastrónomos, vulgo iragones: Nerón, Calígula, Heliogábalo.

Los tres crueles, clavando sus garras de águila imperial sobre los discípulos del Mártir del Gólgota.

Inhumana empero. Hasta el paroxismo Nerón...

Esa condición le dió triste inmortalidad, más que su gastronomía.

Y era artista, músico, el monstruo [cruel... ¡Lástima de flauta trágica!

Pues surgió su mayor idilio de arrancarla notas, mientras contemplaba su incendio de Roma, culpando, ¡inicuot!, a los héroes adoradores del más grande poema y drama...

Culminando su bestialidad en mandar abrir a su madre, como si una res fuese, por darse el gusto de ver su claustro durante nueve meses.

Gesto de pantera, a pesar de hacerlo un César, y con la nube de aves que le lanzaban a diario.

Gracias a que eran teóricas, imaginarias, como las víctimas de las novelas y tragedias, pues si no... su trono y litera hubiesen parecido una pajarera, donde podríamos soñar palomas, loros, cotorras y hasta mirlos...

Y ¡ay! del que no echara las aves consabidas. Que ya se había encontrado la eterna casa subterránea.

Pero en la Biblia se recorta el tipo sin rival, según algunos autores; no, según otros (que en esto y en todo hay discrepancias por la redondez del planeta).

Lo cierto es que el personaje bíblico es un fragón colosal.

Perfectísimamente llamado Epulón, que significa gastrónomo, devorador de manjares y bebidas.

Pasábase, en efecto, Epulón la vida banquetando en su señorial domicilio o en otros de amigos o públicos.

No estaba exento de la inhumanidad, dejando morir a sus conciudadanos menesterosos de inanición antes que darles los mendrugillos de su opulenta mesa.

Arrojábales por epilogo los canes, que les lamían dulcemente las llagas como a Lázaro.

A los maestros de gastronomía les seducía, naturalmente, el faldismo. ¿Cómo no?

¡Pícaro indumento, siempre fuiste igual!

Y con aquella enfermedad de bellas faldas orientales (y ya vienen de largo, como que ha llovido después, las costumbres musulmanas en la materia), pues que tras voraces por naturaleza se trocaron, por propio humanitarismo, voracísimos, epuloncísimos...

A la hora de ahora también vegetan por este encantador Madrid colegas de aquellos en monstruosidad gastronómica.

¡Mi madre, si existen Epulones!

Pero... a la moderna, muy de hoy. Esto es, sin crueldad, con olas de piedad para sí y para el prójimo...

Y nadie se moleste, porque la balanza se inclina para su parte, pues que nadie es más prójimo para el individuo que él mismo. Y que el amor bien entendido empieza por uno propio.

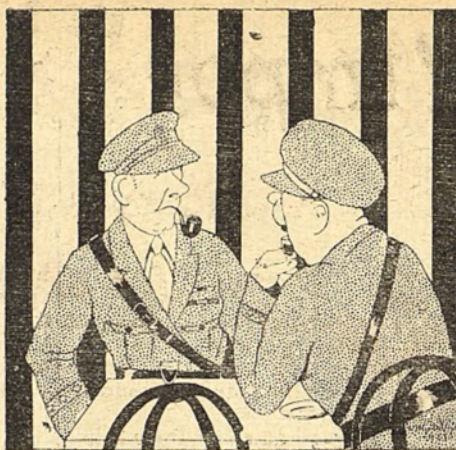
Cupido, Eros..., tan mágicos ídolos les asaetan como a los Epulones Césares. Yo pienso que hay aún más... ¿Y cómo desatenderles?

Baco también aumenta sus aptitudes..., tendencias..., con las delicias de sus libaciones, que sabe oportuno laurear...

Y las reparaciones físicas deben ser directamente proporcionales a las pérdidas habidas.

Luego... ¡pobres gastrónomos... tras su rescate!... Si son ¡hasta altruistas, héroes! No te rías ya o intrigues, lector...

Te lo demostraré; dos gastrónomos de ac-



—¿Por qué han dado la cruz a Rodríguez?

—Por haber logrado la cuadratura del círculo.

—¿Cómo?

—Haciendo cuadrar al sargento Redondo.

Dibujo de CRISTELLYS



—Este tenor, cantando en un corral, sería un éxito.

—¿Por qué lo dices?

—Por la cantidad de gallos que lanza.

Dibujo de OCHOA



EL MAYOR.—Yo, el día de mañana, tendré ilusión por servir en Alabarderos. ¿Y tú?

EL MENOR.—Yo quisiera ser Alto Comisario.

Dibujo de CARIÑO

Ayuntamiento de Madrid

tual celebridad están al tanto, como tú, de la crisis española. Por eso así se expresan:

—No dejemos de asistir, por olímpicos desprecios, a banquetes y saraos; primero, por complacencia, pues si la invitación es de buena entraña, bañaremos en placer infinito al invitante; si no... en el pecado llevará la penitencia.

Después también por dicha crisis y elevación asnal de subsistencias, puesto que así habrá más consumo, y como valen fabulosamente...

En fin, porque nuestros Epulones altruistas (y aquí es donde culmina su altruismo, ¡se diademan héroes!), no olvidando ni en sueños la trágica frase: «De grandes cenas están las sepulturas llenas», se exceden abnegadamente, mártirmente, en festines y saraos de bucólica, y hasta se multiplican maravillosamente... para no perder ni uno..., exclamando en sus derroches de amor:

—¡Expándete, vientre! ¡Ensanchate, saco estomacal!... Antes... ¡todo! que fenecer un hermano mío por excesos a que no están acostumbrado como nos...

Creednos: ¡nosotros nos pirramos por tales amores!...

Y, por lo visto, la humanidad matritense se da perfecta cuenta de ello.

Pues no hay bromazo alimenticio al que no sean invitados los magnos Epulones...

Complaciéndose ellos en aceptar, no más que por puro altruismo...

Decididamente, estos Epulones modernos son unos héroes. Pero con mucha vista, ¿eh? Lo malo será..., el día que se dejen conocer...

Porque es lo más aciago, a través del globo terráqueo.

AMANDO FUERTE

¡OH, EL HUMOR!

(O UN CASO HEFICO)

Es innegable que el humorismo llegó a su pleno desarrollo, es decir, que nos encontramos en una álgida erupción de humor.

Por esto, podemos leer en un precioso semanario dedicado al esparcimiento, y de la calidez de sus páginas, la frescura de unas gotas de hiel.

¡Y a esto, señores, no hay derecho!

Por que a nadie puede divertirle el que un escritor tenga antecedentes de gracia, por justicia, o tenga antecedentes en Gracia y Justicia, ni que se triunfe por vastos conocimientos, o por el conocimiento de «basios».

En literatura, se puede triunfar por ese musculito del principal de la izquierda, en cuyo caso cada línea es un tanto en pro de la gloria y a un tanto la línea (veanse tarifas), en cuyo caso ese tanto es de tontos, y aunque a veces nos doble la pasión, hemos de ser leales y sinceros: debemos ser uno, pero sin cerros. Reír puede tener gracia, pero reír mucho molesta, por que no tiene mucha gracia.

Yo, que soy un asiduo lector de todos los semanarios dedicados a lo jocoso, pues creí que pueden distraer y no envenenar, he sufrido una gran decepción, matando mi alegría en flor; yo soy un admirador de los Países Bajos, pero no me son simpáticos los flamencos, y nunca me he metido con ellos.

Conste, pues, que con estas líneas ni trato de agradar para ganar oro, ni trato de plata; pretendo tan solo sacar astilla del serrín, como hay quien del serrín pretende sacar oro.

Así es que dejemos sentado que al lector no le interesa que un oso se vista de escritor para lanzar gruñidos, aunque estemos próximos a carnaval, pues todos sabemos o conocemos, a quien hace el oso o el pavo.

El público, en rigor, es quien debe sancionar sus agrados, diciendo: «Muchas gracias» o «No hay de que».

Luis ELIAS



¡Arriba el trapo!

ARDVIN, que es un gran poeta y un excelente dramaturgo, ha escrito *Lupe la mal casada*, y la ha estrenado en el Español.

¿*Lupe la mal casada*? O, ¿la mal trazada?... Ardavin, sin duda, pensó en hacer una obra muy original. Y aunque nos dice que se ha inspirado en Terencio, lo cierto es, que... es «original».

Original, porque no se concibe que un hombre se case con una buena moza, y que en la noche... primera, cuando cualquiera se las prometiera muy felices, el saite por la ventana y se vaya a casa de la querida... Y más original que vivan juntos, y que la esposa, pasen dos meses y esté aún sin enterarse de nada... Menos mal que al final del acto primero, cesa la inquietud del público. Y por lo visto—esto de visto, ni que decir tiene que es un decir...—, riñe el marido con la querida, y... ocurre lo que debió ocurrir dos meses antes. Cae el telón, entonces por primera vez. Pero esto no es cosa muy original. Hay mas cosas. Por ejemplo: La esposa, resulta que días antes de casarse, es atropellada, en las afueras del pueblo, por un desconocido. No sabe quien es. Sólo sabe que le quitó una sonrisa. Y quedó embarazada. Esto se sabe en el segundo acto porque ella se lo cuenta a su madre. Y también nos enteramos, de que el marido está en Méjico a donde ha ido a recoger una cuantiosa fortuna.

Tienen un disgusto la suegra y su hija política, ésta se va con su madre, y cuanto llega da a luz.

Dice unas palabras comprometedoras, y nos las cuenta una vecina. El suegro está que echa las muelas todo el acto... Y ¡nada más! ¿Porqué le dolerá tanto las muelas?; se preguntaba mucha gente.

En el tercero ocurre la tragedia. El marido ha vuelto. El marido se ha dado cuenta de todo. El marido se ha enamorado, el marido quiere matarla...

Llega el suegro. Agradece que le hayan dado laudano, porque así se le ha quitado el dolor de muelas, que ha tenido en dos actos, y devuelve el frasco que aún tiene una gran dosis. Además, advierte que lo guarden porque es veneno. Pero nadie le hace caso. Hay nuevas escenas violentas, y al fin, como todo el mundo espera, la mujer se bebe el conenido y muere. Pero antes hace llamar a su marido y le confiesa cómo tuvo lugar su falta. Resulta, naturalmente, que es el marido el que tan bárbaramente abusó de ella. ¡No se habían enterado!

Pero ya no tiene remedio. Ella muere.

R. I. P.

La obra acaba también. ¿Terencio?

¡¡R. I. P.!!

Antonio Pao y F. García Pacheco, han estrenado una obra divertida en el Rey Alfonso.

La titulan: *El talento de mi mujer*.

Asquerino, Riquelme y la Muñoz, han puesto en la obra mucho talento también, y resulta un conjunto aceptable.

El talento de mi mujer, dará dinero...

Aunque no es mucho talento.

Rafael Ramírez, ha debutado en La Latina y puso la obra *Los frescos*.

Están todos muy bien. Hacen *Los frescos*, muy bien también. Vayan ustedes a ver los frescos. En La Latina.

Dicen que los más prestigiosos cómicos de Madrid, con o sin... contrata, representarán *La verbena de la Paloma*, en la Zarzuela como homenaje a Bretón.

La función, la organiza el Sindicato de Actores y Paco Delgado dará todo género de facilidades.

Será un gran homenaje. Porque hilan tanto los actores como don Francisco... Delgado. Son una garantía.

Conchita Torres debutará próximamente en Price: Estrenará *La sin ventura*.

Sin ventura Conchita Torres.

¡Quien lo diría!

En Martín, Aguirre y Marín han estrenado un sainete titulado *Málaga, ciudad brava*...

(¡Atiza!) En las gacetillas de contaduría se dice que: esta obra «al igual» de *El niño de Oro*, el público, «sobre todo las familias» se divierten...

También se dice que es un sainete privilegiado.

¿De invención? ¡Que te crees tú eso!

¡Si ya lo dice la gaceta! ¡Al igual de *El niño de oro*...

Ahora que eso sí, «el público, sobre todo las familias»... se divierten.

¿Las familias no son público?

¿O es que hay que ir en familia para divertirse?

¡Es una gacetilla sin desperdicio!

En el baile de los humoristas que se celebrará hoy domingo en el Palace, tiene un número de fuerza. Descubrimiento de Tutankamen. ¿Quien es Tutankamen? Una momia. Pero que es un momio al mismo tiempo.

Es una momia muy artista. No se puede decir más... ¿Momio, momia? Habrá que ir al descubrimiento a ver que es.

Pero a mí, «que me atene esa mosca por el rabo»...

No sea que como a Carnavón, me pique y muera.

Y, ¡vaya Carnaval!

Se estrenó en el Cómico: *Mi mujer es mía*.

Bueno, hombre. ¿Y para eso tanto anunciaria? ¿Con que es de usted? Pues tanto gusto...

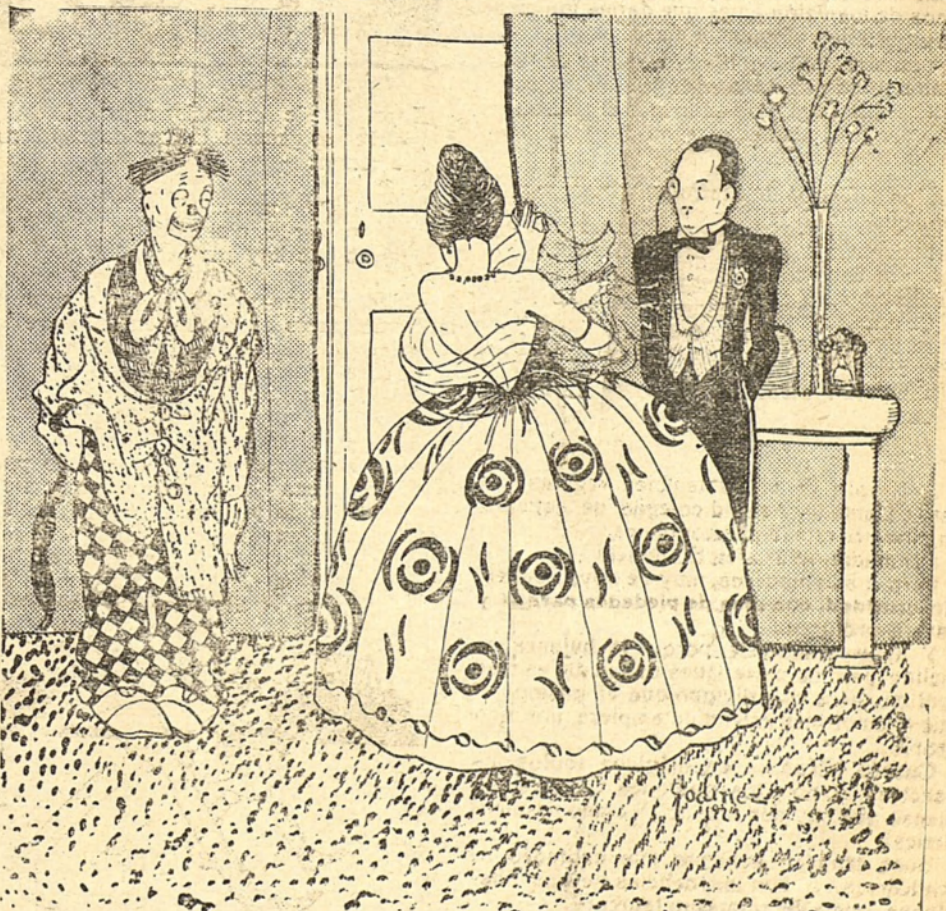
Narcís, el niño prodigio, el actor pequeño de la pequeña compañía, tuvo un trofeo en Valladolid.

El gobernador prohibió que trabajara, fundándose en la ley de protección a la infancia. Pero volvió a trabajar a los dos días.

¡Qué gana de meterse en todo! ¡Dejad al simpático actorcito! Ya lo dijo Jesús.

Dejad... que los niños se acerquen a mí.

EL ESCUDERO DE MOLINA



—¿De modo que no quieres que nos vean juntos, y en cambio no te importa presentarte en público con ese payaso?

ELLA. —Es que éste sólo es tonto en escena.

Dibujo de GODÍNEZ

¿CÓMO ESTÁ EL PATIO!

La acción ocurre en el interior de una de las pocas casas que nos quedan de aquel Madrid viejo por todos conceptos. Estamos en pleno corazón de los barrios bajos. Es un patio amplio.

En todos los pisos, y al final de los mismos, hay un pequeño cuarto, muy necesario para los inquilinos, y como es el único aposento que no tiene número (y cuando lo tiene es bastante significativo), el sano humorismo de los vecinos ha denominado al susodicho departamento con un rótulo, que sencilla y elocuentemente dice con gruesas letras:

AQUI ES

La Eugenia, soberbia mujer, un tanto ajamónada, pues frisa ya en los treinta y siete, época en la que, a mi juicio, están más sazoadas y jugosas las hijas de nuestra inolvidable madre Eva. sale al pasillo con muestras de mal humor y grita con toda la fuerza de sus pulmones... de hembra bien puesta, —¡Eh!... ¡Señá Casilda!... ¡A ver si puede ser que no tienda usted el «truseau» de su pariente, tan apegao a mi ropa! ¡Que abuse usted del azulete y me se ha manchao el pijama que mi hombre se coloca pa echarse en brazos de Morfeo!...

Aparece en el corredor la señá Casilda, peinándose el poco pelo que le queda.

—¡A ver si se figura usted que la sogá del tendero es pa su exclusiva!— responde también gritando la aludida.

—¡No me creo ná...!, señora!... ¡Es que se me ha manchao el pijama!

—Pija... ¿qué?...

—¿Otra vez?— responde amoscada la hembra.

—Es que este nombrecito será muy elegante, pero le escama al más inocente. Si no quité usted que se manche, traslade usted el ajuar al Palace.

—¡Es usted una soleta!— ruge la Eugenia.

—¡Y usted muy limpia!

—¡Más que usted!

Y gritando con todas sus fuerzas, sacando su torneado busto fuera de la baranda, grita con energía:

—¡¡Vecinas!!... Salgan ustedes, que la señá Casilda se está peinando en el pasillo, y es muy fácil que haiga que aumentar el padrón cuando venga el municipio.

Y ríe burlonamente.

La señá Casilda, sin dejar de atusarse el cabello, responde:

—¡Toas no podemos tener peinadora como usted ni comprar la «mandolina» a cubos!...

—¡Es que eso de la curiosidad... tiene que estar en la sangre! Y usted, en la sangre, no tiene más que bilis!...

Aparecen algunas vecinas. Del piso de arriba surge una voz atenuada que canta con música de «La montería» y con bastante chunguita:

¡Hay que ver!...

¡Hay que ver!...

—¡Mi agüela!... ¡Ya está cantando Fleta!

—¿Quien es Fleta? ¡Gracias!

—El zapatero del tercero número siete. ¡Los hay chungones!

—Usted tiene la culpa... por dar el milín— responde la señá Casilda—. ¡Se mete usted en t!...

—¡Si fuera yo sola!... ¡Si es toda la vecindad, señora!...

—¡Si lleva usted a sus chicos que son una birria!

—¿Sí? ¿Qué tienen mis chicos?

—¡Que no se los puede mirar a los ojos! ¡Que desde el día del Diluvio no se los han mojado los angelitos!

La señá Casilda, poniéndose la redecilla:

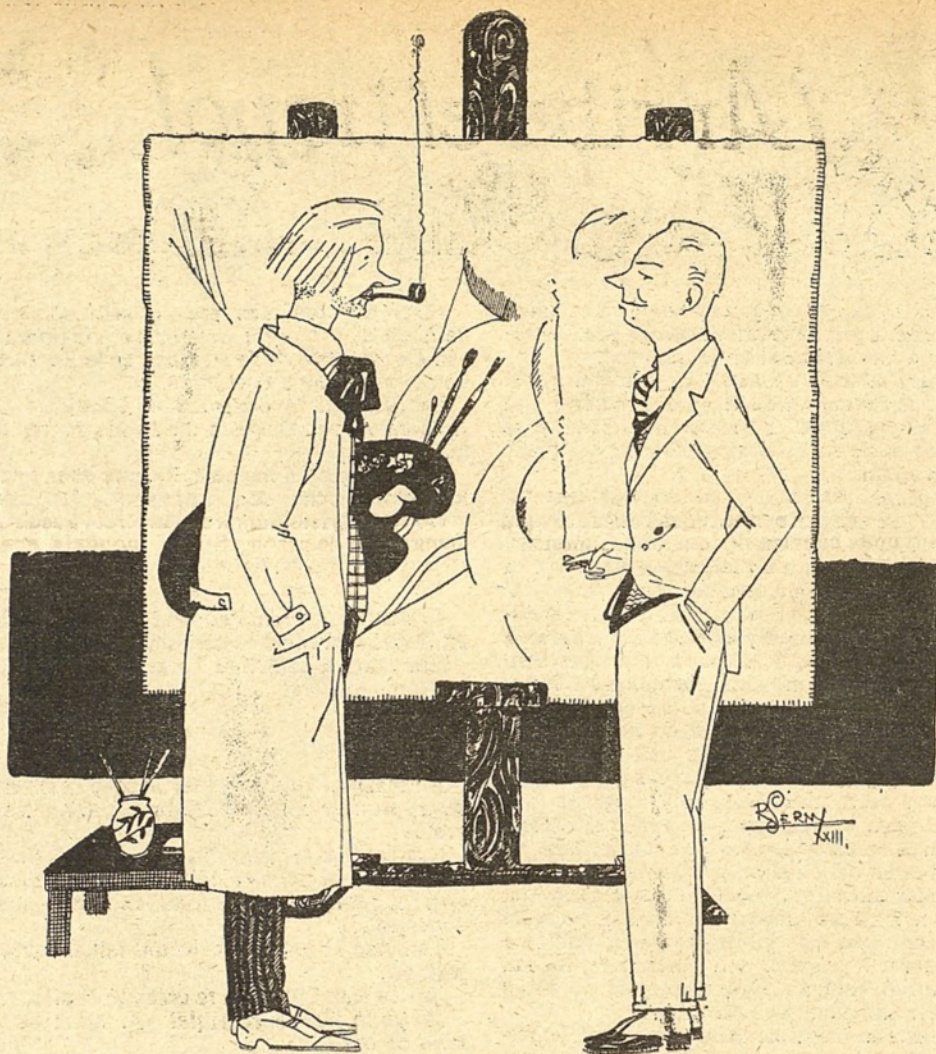
—¡Lo de mis hijos son cataratas, y son de familia!...

—¿Cataratas? Pues llame usted a monsieur Blondin y que pase la maroma sobre los chicos! ¡Camará! ¡Tiene usted una prole que es el Niagara!

Un vecino hace el gato.

—¡Miau!— contesta otro.

Las dos mujeres, amoscadas, contestan:



—¿Cómo no has presentado ningún cuadro en esta última exposición?

—Pues, chico, porque estoy pelado.

—¿Pelado?... ¡Cualquiera lo diría!

Dibujo de SERNY

—¡Zape! ¡Que le den cuajar a ese...! El pitorreo es general. La voz del zapatero vuelve a cantar:

¡Por una mujer
se pierde en el mundo
lo que hay que perder!...

Las dos vecinas se obsequian con unas frasecitas capaces de ruborizar a la madre de la «Chelito». Aparece en el patio la redonda figura del señor Ezequiel, el portero consorte, que viste el uniforme de guardia y dice encarándose con las mujeres de la bronca:

—¡A ver si se callan ustedes... o subo!

Por el aire avanza un tomate lanzado por una mano alevosa y anónima que va a estrellarse a los pies del portero. Si adivinan más la puntería, le chafan la reluciente calva.

—¡A lo que hemos llegao en esta casa!— exclama el guardia—. ¡Atentaos personales!

—¡Sí! ¡Con tomate!— añade la señá Casilda.

Una voz pregunta:

—¿A quién le toca hoy embellecer el «Aquí es»?

Otra voz contesta:

—¡A mí, vecina! ¡Tíreme usted la chapa!

—Oiga usted— dice la Eugenia, que tiene la gracia por toneladas—. ¡Le acompaño a usted en el sentimiento!

—¿Por qué, hija?

—¡Por el fallecimiento de Lenin! ¡Hoy es usted comunista!

El alboroto se levanta; la salada ocurrencia de la jamona es de la que hacen época. Los chicos gritan... Unas vecinas ríen... Otras cantan... Es un pitorreo y una algarabía muy pintoresca. «Fleta» canta un trozo de música clásica mientras moja el contrafuerte.

Cuando mayor es el alboroto entran en el patio dos ciegos con sus correspondientes guitarras, dispuestos a cantar los milagros de San Expedito y otros santos análogos.

Grita una voz:

—¡Callarse! ¡Que han entrado los cantores de la Capilla Sixtina!

Sigue el chungeo general. En lo alto del corredor aparece, en camiseta, un hombre corpulento, atlético... Al verle aparecer todos callan... Es un boxeador, del quien tiene recuerdo más de una vez convecina a la suya.

—¡Esta casa es una indecencia!— dice—. ¡Aquí toas son damiselas! ¡Los hombres que moran bajo las tejas de esta indecente y anticuada finca en lugar del pantalón llevan «culotte»! Al primero que gri e le voy a tener que largar un «directo»...

Todos enmudecen. El boxeador les infunde pánico. Los pobres ciegos permanecen callados en un rincón del patio. El boxeador arroja unas monedas, y los desgraciados pordioseros templan sus instrumentos: vihuela y mandolina.

Y a los pocos minutos aquella casa, donde todo era desorden, gritos, insultos, donde todos campaban por sus solomnísticos respetos, haciendo todo cuanto les daba la realísima gana, recobró la tranquilidad gracias a la intervención del más majo de todos los vecinos, que impuso la fuerza, y la fuerza ha sido en todas las épocas la propulsora del orden.

Y los ciegos cantaban:

Cuando tenía tres años
se cayó dentro de un abismo,
y cuando salió de allí
ya sabía el Catecismo.

JUAN DEL PUEBLO

HUMORISMO EXTRANJERO

LA COMPRA DE LA HOZ

Yo me hallaba casualmente en la tienda cuando entró en ella el tío Gergely Csomak.

—Buenos días—dijo.

—Buenos días. ¿Qué desea usted?

—Podría convenirme una hoz.

El tendero se apresuró a ponerle delante un brazado de hozes. El tío Gergely las miró de soslayo.

—La quiero de la marca Cañón—dijo desdenosamente.

El comerciante se llevó las de marca Toro, y trajo unas cuantas de la marca Cañón.

—¿No tiene usted más?—preguntó Csomak, con displicencia.

El tendero le presentó pacientemente todas las de la marca Cañón.

Gergely Csomak las miró sin tocarlas y empezó a rascarse la cabeza.

—¿Qué se le ocurre ahora?—le preguntó el tendero.

—No estaría de más ver también las de marca Toro—respondió Csomak.

Estas le fueron de nuevo presentadas. El tío Gergely pareció algo confuso y cogió una de ellas al azar.

La alzó verticalmente con la punta hacia arriba y, cerrando el ojo izquierdo, miró con el derecho al filo de la hoja; invirtió luego su posición y repitió la mirada con el ojo izquierdo, cerrando el derecho, por último la colocó horizontalmente sobre su cabeza y volvió a mirar el filo brizcando alternativamente ambos ojos.

—¿Cuánto vale—preguntó, al fin, con indiferencia.

—Dos florines.

—¡Esta hoz!—exclamó con admiración irónica—. ¡Imposible!

Y la dejó de plano sobre el mostrador, diseñando con el dedo en el aire un mango imaginario para juzgar su efecto. Después cogió la hoz entre el pulgar y el índice, la golpeó con un dedo varias veces, la dejó caer con la punta hacia abajo y, últimamente, la cimbreado apoyándola sobre su rodilla.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! ¡Dos florines por esta hoz!

El tendero juró que no podía rebajar su precio. Era lo que a él le costaba.

—No está bien templada. ¿Sabe usted?

—Es acero inglés y del más fino.

—¿Me toma usted por tonto? Es una hoz vieja retocada.

—Es de acero excelente. Tendrá usted hoz para toda su vida.

—Si no se mella antes—rezongó Csomak.

—Jamás ha tenido usted una hoz como esta.

—¡Yo!... ¡Yo!...

—Mírela usted bien.

—¿Que la mire? Y, ¿para qué he de mirarla? Una hoz es una hoz. ¿Acaso es la primera que cae en mis manos? Bueno. Sin rodeos; ¿cuánto quiere usted por ella? Yo tengo que hacer mucho todavía en el mercado.

—Ya se lo he dicho: dos florines.

—¿Es usted cristiano? Yo quisiera saber lo que tiene esta hoz para valer tanto.

Y de nuevo volvió a examinarla. La agitó en el aire para hacerla silbar, y se dirigió a la puerta para verla a la luz de la calle, volviendo desde el umbral la cabeza para hacer notar que había dejado su sombrero sobre el mostrador.

Delante de la puerta expuso la hoz a los rayos del sol que cabrillearon alegremente sobre la superficie pulida y azulada. Luego se la llevó a la boca y echó sobre ella su aliento, observando cuidadosamente la parte empuñada para ver cuanto tardaba en disiparse el vaho. Finalmente la hizo sonar chocándola contra la acera.

—Tiene un son raro—dijo.

Y volvió a entrar en la tienda, repitiendo esta observación.

—El son no me gusta nada. ¿Me la deja usted en un florín ochenta kreuzers?

—No puedo. Le rebajaré diez kreuzers.

Déme un florín noventa.

—Imposible. No vale tanto. Mis hijos me regañarían. ¿Sí o no?

—No.

—Entonces, a la paz de Dios.

Y salió; pero se detuvo en medio de la calle y volvió a preguntar:

—¿Qué? ¿Sí o no?

—He dicho que no.

Perplejo y moviendo la cabeza, Csomak, daba vueltas a su sombrero grasiento, entre sus manos.

—No he visto hombre más terco, desde que tengo uso de razón. Bueno, póngala aparte en ese rincón. Yo lo pensaré.

Una hora más tarde volvió con un compañero.

—Soy yo—dijo, sofocado, enjugando el sudor de su frente—. Viene conmigo mi compadre Komot Istok, de Doroszlma, padrino de mi hijo. Hemos pensado que él compre también una hoz, y es justo que, comprando dos, nos hagan una rebaja de precio.

—Yo no puedo dar mis hozes más baratas. Ya lo he dicho mil veces.

—Piénselo usted bien. No pierda la venta por su precipitación.

—Lo he dicho de una vez para todas.

—¿No quiere usted apearse de su asno?

—dijo, Csomak, alzando la voz.

—No—respondió el tendero, con firmeza.

—Entonces; ¿qué?—insistió el tío Gergely en tono más suave.

—¡Basta! ¡Déjeme usted en paz!

—Vamos, vamos; no nos dejemos arrastrar por la cólera. Si no quiere usted hablar-me más, no me niegue su mano.

El comerciante tendió su mano al campesino.

Este se la estrechó efusivamente, gritando:

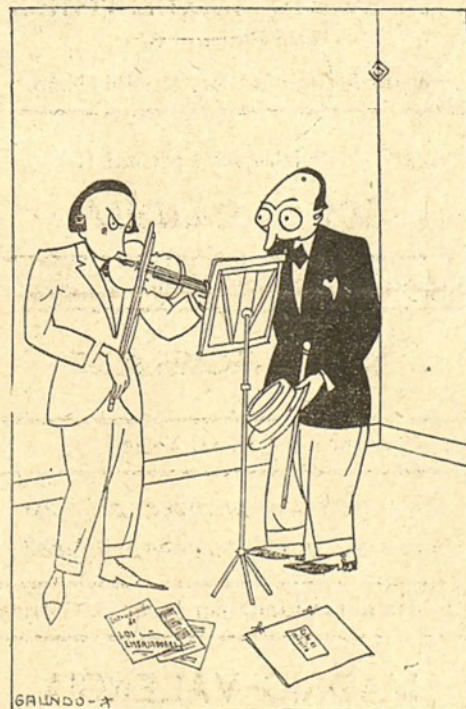
—Trato hecho. ¡Pero, quien se desdiga!

Con misteriosa lentitud empezó a desabotonar su chaleco, sin apartar los ojos del rincón donde estaba la hoz elegida.

—¡Ah!—exclamó bruscamente—. Me parece que esa hoz es más pequeña y curvada que la mía.

Miró con suspicacia a todos los dependientes de la tienda, cogió la hoz, la suspendió en la mano, y dijo en tono de severo reproche:

—Es otra hoz. Que el diablo me lleve si no es otra.



—¿Qué te pasa que tienes ese gesto de mal humor?

—Nada, hombre. Que estoy que trino.

Dibujado de GALINDO

Ayuntamiento de Madrid

Y seguidamente volvió a abotonar su chaleco.

—¿Como no ha de ser la misma hoz?—dijo el comerciante—. Vamos, no busque usted enredos, tío Gergely. Yo voy ya perdiendo la paciencia.

—¡Bueno! ¡Bueno! Pero, ¿por qué diablos saldría yo de aquí? La culpa es mía. ¿Qué hacer ahora?

—¡Cuando yo le aseguro a usted que es la misma hoz!

—¿La misma? ¿Es que yo no tengo ojos en la cara?

Una vez más pasó el pulgar por la hoja, dobló esta sobre su rodilla, la llevó a la calle, la hizo sonar sobre la acera, le echó el aliento, la agitó para hacerla silbar en el espacio y volvió a la tienda con aire desolado.

—No es la misma hoz. Por esta no puedo dar más de un florín sesenta kreuzers.

—No le dé usted más vueltas. Si esa hoz no le gusta, ahí las tiene todas: elija la que quiera.

—No haré la tontería de tomarme ese trabajo. Me quedaré con esta, aunque vale menos que la otra, si usted me rebaja la diferencia.

—¡Basta!

—Entonces, ¿he de ser yo el que salga perdiendo?

—¡Vamos, hombre! ¡Pretenderá usted que pague yo la diferencia? ¿No tendría usted remordimientos?

—¡Páguela usted ya sin más historias!

—Bueno está—dijo el tío Gergely Csomak con tono amargo—; de acuerdo. Pero partamos la diferencia, para que yo, tampoco, tenga remordimientos. Partamos los cuarenta kreuzers.

—No puede ser.

—Está bien. Ahí va el dinero.

Y volvió a desabotonar lentamente su chaleco. Metió con gran trabajo la mano en el bolsillo interior y sacó un billete de un florín que entregó al comerciante.

Este, reclamó lo que faltaba.

Csomak, sacó de un bolsillo exterior del chaleco veinte kreuzers y del otro cuatro más.

Tras una nueva reclamación del tendero, extrajo fatigosamente treinta y tres kreuzers de un bolsillo del pantalón.

—Veinticuatro y treinta y tres, son cincuenta y siete. ¿Cuánto falta todavía?

—Treinta y tres kreuzers—respondió el vendedor.

Es verdad—dijo Csomak con aire compungido—; pero me parece que no los tengo.

Al decir esto, miraba, solapadamente, de reojo la cara del tendero.

—Es decir... Aguarde usted. ¿Dónde los he metido? ¿dónde cree usted que los tendré, compadre? ¡Ah! Sí; aquí en el pañuelo.

Y sacó otra pieza de veinte kreuzers que tenía anudada en una punta de su pañuelo azul.

—Es mi último kreuzers, amigo mío, dijo dulcemente. De donde nada queda, nada pueda sacar el diablo.

—Faltan trece kreuzers—insistió el comerciante.

—Vamos, vamos. Yo no me llevo la hoz que quería. Y, por otra parte, no tengo más. Me he dejado el portamonedas en mi abrigo. Y no querrá usted que vaya a buscarlo por tan poco. Ya le pagaré otra vez.

—No. Déjese la hoz y cuando vuelva con importe completo, se la llevará.

Entonces, Csomak, remontó en cólera.

—¿Cómo? ¿Ese es mi crédito? Mi padre y mi abuelo, eran bien conocidos y reputados. Yo no pido limosna. No me han hallado en un estercolero. Déle usted sus trece kreuzers, compadre.

—Y, furioso, cogió la hoz, diciendo:

—Compadre; vámonos.

Al llegar a la puerta, se volvió guiñando los ojos maliciosamente, se encogió de hombros, y haciendo brillar la hoz a los rayos del sol, gritó con voz sonora:

—Esta es la mejor hoz que había en la tienda. Yo se lo aseguro a usted. Las demás no valen nada.

KALMAN DE MISKSZATH

MATATIEMPOS, por GRESAL

CONCURSO DE MARZO con arreglo a las siguientes condiciones.

1.^a Entre los que remitan las soluciones *exactas* de *todos* los MATATIEMPOS publicados durante el mes de marzo, se sortearán tres premios consistentes: el primero en VEINTICINCO PESETAS; el segundo, en QUINCE PESETAS, y el tercero, en UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN GRATIS A «LA RISA».

2.^a Para tener opción a estos premios, además de remitir las soluciones exactas, habrán de acompañarse los cupones-correspondientes al mes de marzo adheridos a la hoja donde vengan las soluciones, firmada con el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

3.^a Las soluciones habrán de remitirse a GRESAL, antes del primero de abril.

4.^a En nuestro número correspondiente al día 13 de abril se publicarán las soluciones y los nombres de los solucionistas, y en el número correspondiente al día 20 del mismo mes el nombre de los agraciados con los premios.

A los suscriptores les bastará la indicación de serlo para quedar dispensados del envío de los cupones.

1.—Canfar.

MERCEDARIO
150 AGUSTINO ¿qué hace el gato? VLON ON
DOMINICO
X leña T 102 AMERICANA
CHALECO LICOR ar HURTA
PANTALON
Y 1000 E Martes

2.—Del calendario.

NOTA VLON BERZAS

3.—Quisicosa-capicúa.

—¿Qué es lo que hace ANITA, que se lee lo mismo al revés que al derecho?

4.—Cesto pasiego. 5.—Lecho humilde.

SÓFANO NEGACIÓN

400 A 1000 SOL

6.—De Romanones.

LADRIDO 500 A NOTA j Labra

7.—Del obispo.

8.—Vejestorio.

NOTANOTA SOGAR

NEO TOS

9.—Para invierno.

—¿Oyes la Tula como *dos-cuatro*?
—¡Qué furor!... ¿No decías que era tan *tres-prima*?

—Y lo repito. Lo hace porque está *so-dos*.

—¿Dónde?

—En *dos prima-dos*, junto al calor de la *todo*.

10.—Epoca.

NOTA N
TIO MINERAL

Fuera de concurso : Una pregunta suelta cada mes

—Si usted dispusiera de un tercer ojo, ¿dónde se le colocaría para ver mejor?

Entre los que remitan las contestaciones más ingeniosas, previo el envío del cupón ordinario se sortearán UNA ESTUPENDA CÁMARA FOTOGRAFICA MARCA KODAK.

Las soluciones a GRESAL hasta el día primero de abril. El premio y a quien ha correspondido se insertará en el número correspondiente al día 6 del mismo mes.

CAMPEONATO MATATIEMPÍSTICO
(Véase el número 64.)

9.—Establecimiento, por Remigio Niño.

P (Esta letra debía ser una K.)

500 VIENTA

10.—Novela, por Justo Abad.

NARJOSAN

11.—Macabro, por F. G. Yeste.

¿Segunda primera primera
cuarta segunda tercera primera?

12.—De actualidad, por Julián S. Garrido.

MADRID-VALENCIA

BESSÓS



Participamos a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales que se nos envíen ni sostenemos conversación ni correspondencia acerca de ellos, ni se retribuyen nada más que los solicitados por nosotros o aquellos que la Dirección lo tenga por conveniente.

En la exclusión o admisión de los mismos sólo se dará cuenta en esta sección.

Serán preferidos los trabajos literarios escritos con brevedad y los dibujos que se ajusten a los tamaños de 15 por 31 en sentido apaisado o perpendicular.

Es condición indispensable que en el mismo original se ponga el nombre y apellidos o seudónimo y procedencia del autor, y venir dirigido precisamente a PRENSA MADRID, APARTADO 7.002.

Los que no vengan dirigidos a estas señas precisamente, se inutilizarán sin examinarlos.

Días de pago: Lunes de cinco a seis.

TRANSCURRIDO UN MES DE SU PUBLICACIÓN, NO ABONAREMOS NINGÚN ORIGINAL.

E. C.—Ni fú, ni fá, ¡Ay, tengo más ganas de dar el sí!...

M. R.—¡Y dale! Somos enemigos de las larguras.

Arteaga.—No nos hace. No nos hace filín.

F. Lápiz.—No tiene gracia. Otra vez podrá ser.

T. de Melena.—No vá. Digo, si vá. (Al cesto de los papeles).

Grisófano.—¡Nos ahoga usted, colaborador! Muy inocente. Poco y bueno, se lo aconsejo.

R. de R.—Es verdad: usted también llega tarde. Eso ya se ha hecho en LA RISA.

F. de S.—Muy flojo. Se le han dado inyecciones de cocido..., y como si nó.

M. E. del O.—Poco humorístico, aunque intentaba serlo mucho.

F. F. T.—Eso es una cosa seria, amigo. Aquí es LA RISA.

Sicilia. Madrid.—Lo sentimos mucho, pero no nos gustan sus dibujos. Insista, a ver.

L. Enciso. Madrid.—De usted nos gusta algún mono, pero los chistes lo echan todo a rodar.

Enrique.—¡Enrique de mis pecados y qué mal lo haces!

Azcárraga. Madrid.—Se está usted echando a perder si es que ya no lo estaba usted ya. Se publicará uno.

Argote. Madrid.—No se acerque usted por aquí ni en broma, porque iríamos al Juzgado de guardia.

L. Santiago.—Madrid.—Ya, ya hemos notado que esa nueva revista nos imita en todo, hasta en la publicación de retratos de artistas, pero no nos molestamos en indignarnos. Todo ello es una prueba de lo bien que hacemos los periódicos y de la inventiva que tenemos, todo lo contrario que ellos. Lo que le digo a usted. ¡Una Preciosidad!

¿Que Muchas gracias dice usted? ¡No hay de qué!

CUPÓN núm. 1

para acompañar a toda solución que se remita para el concurso de Matatiempos de marzo.

CUPÓN para acompañar a todo trabajo literario o dibujo, así como para cualquier concurso, excepto el especial de Matatiempos.

Pida la tarifa de anuncios de esta revista a la Administración de la Publicidad PRENSA MADRID

EL TALISMÁN

(EDICIÓN DE ANUNCIOS)

Doctor Fourquet, 4.-APARTADO 1.105.-Tel. 30-76 M.-MADRID

EMPRESA ANUNCIADORA

LOS TIROLESES

Conde de Romanones, 7 y 9.—MADRID

TELÉFONO 331-M.

■ ■ ■

LA PUBLICIDAD

AGENCIA DE ANUNCIOS DE ANGEL TEGERO

León, núm. 20.—MADRID.—Teléfono 10-85 M.

■ ■ ■

PARA ANUNCIOS

PRADO-TELLO

Cruz, 10, entresuelo.—MADRID

■ ■ ■

Estas agencias admiten anuncios para esta revista.

CIRCO AMERICANO

NUEVO PROGRAMA

Todo el compuesto de grandes atracciones, desconocidas en Madrid, procedentes de los grandes circos de

Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos

PROGRAMA

1. Riturla, barras fijas.
2. Leers Arvellos, famosos gimnastas equilibristas.
3. Lou Lou y Atoff. Gran novedad. Clown femenino y su desopilante agosto.
4. The Flacoris, los temerarios trapeceistas.
5. Judex, el extraordinario tirador y el gran artista cinematográfico.
6. Oglos, en su novedad ciclo aérea.
7. MARTHA FARRA, la reina del hierro, y su medium «REX». EL ENIGMA DEL SIGLO XX.
8. Ricono Sturla, ecuestres y la célebre saltadora LAURITA.
9. Pompos, Thed y Emij, incomparables clowns.
10. Morris Abbins, la carrera de la muerte.
11. Reinsch, triple jockey.
12. Machuca y Nino Fabri, augustos de soirée.
13. The Rebras, perchistas.
14. Hermanos Albanos, clowns parodistas.
15. Mile. SUZANE WURTZ, campeón de Europa y su troupe de bellas NADADORAS.

Todo Madrid desfilará, para ver lo nunca visto, por el
CIRCO AMERICANO

Pancho Kolate

(REVISTA INFANTIL :: SALE LOS DOMINGOS)

20 PAGINAS EN COLORES 20 CENTIMOS

— — —

Esta Revista, la mejor de todas las españolas,

REGALA

todas las semanas a sus lectores

300 sillas de pista

para el

CIRCO AMERICANO

— — —

COMPRE USTED

Pancho Kolate



EL MEJOR PURGANTE



DEPURATIVO

ANTIBILIOSO

ANTIHERPETICO

CARABAÑA

AGUAS MINERALES NATURALES

NO IRRITA

NO DEBILITA

EFICAZ EFECTO

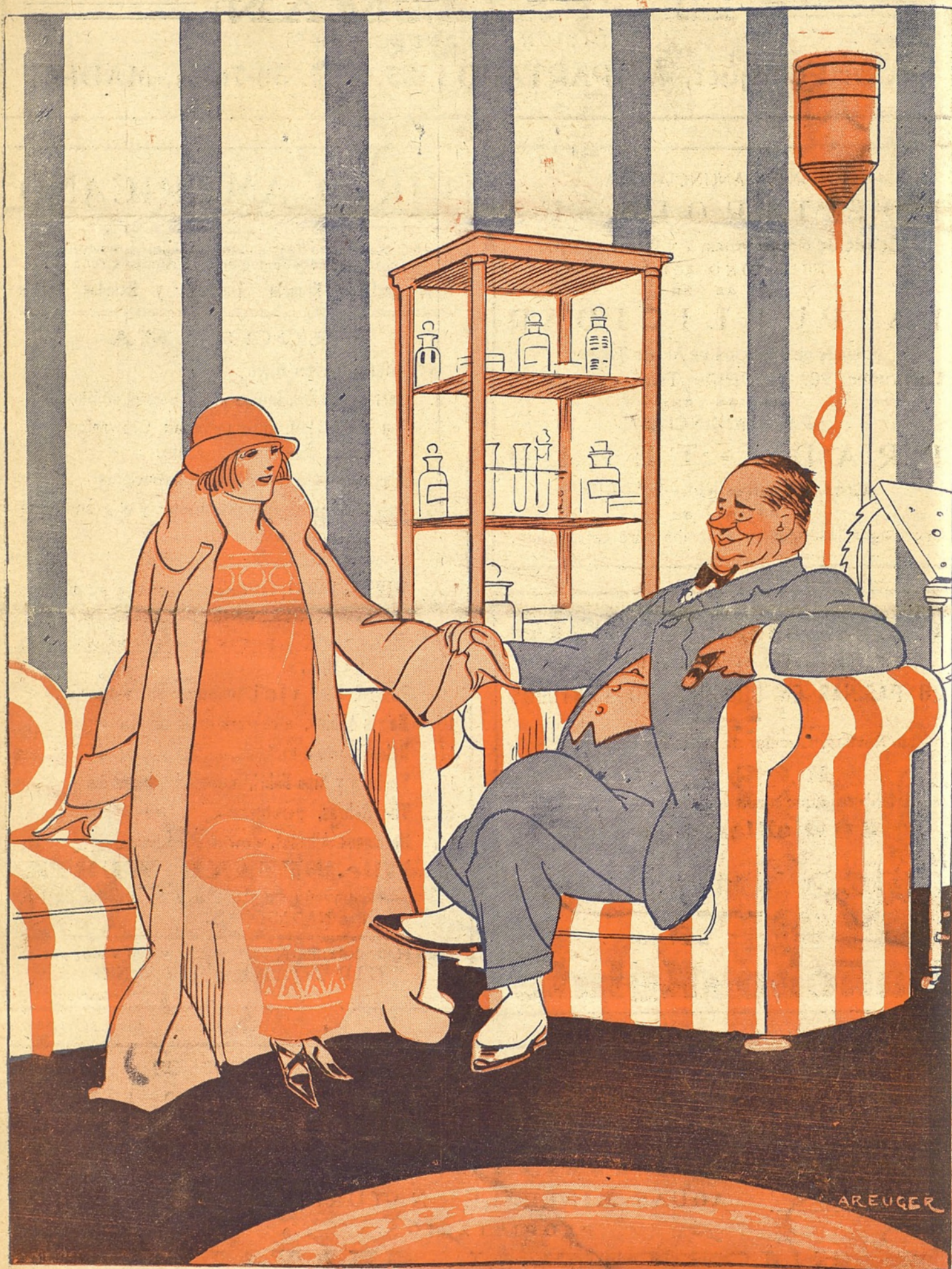
PROPIETARIOS:

HIJOS DE R. J. CHAVARRI

CALLE DE LA LEALTAD, 12.

MADRID

La Risa



EL DOCTOR (insinuante).—¿Y qué siente usted al contacto de mi mano?
ELLA.—Que... ¡está usted fresco!

Ayuntamiento de Madrid

Dibujo de AREUGER